

*Rebeiz: Obrero de la República,
artesano de la democracia*

Discurso pronunciado por el señor Presidente de la República, en el entierro del señor Ministro de Defensa, General Gabriel Rebeiz Pizarro.

*A*l cerrarse una carrera militar, que el Señor General Gabriel Rebeiz Pizarro enalteció con la austeridad de su conducta y su devoción republicana, me corresponde, como Jefe de las Fuerzas Armadas y como representante de la nación, expresar el sentimiento de ésta y de aquellas; el del pueblo inerme que por tantos años lo tuvo a su servicio y el de quienes fueron sus compañeros de armas o militaron bajo sus órdenes. Es una tarea que cumplo con la consternación del mandatario súbitamente privado de un colaborador ejemplar, y con el dolor de ver rotos unos vínculos personales que nacieron bajo el influjo de esa sinceridad sin sombras, de

esa fidelidad sin eclipses, de esa franqueza cordial y hasta de esa ocasional rudeza varonil que caracterizaron a este noble soldado.

Como vocero civil de la nación es mi deber dejar para la historia constancia de lo mucho que a Rebeiz Pizarro debe la conservación de la estructura democrática y de la paz colombianas. Tenía él clara conciencia del papel que corresponde a las Fuerzas Armadas en el seno de una sociedad como la nuestra. Estamos aún en un proceso de trabajosa construcción, levantando estructuras cuya solidez y estabilidad fallan a menudo porque no las sustentan las bases de una larga y cuidadosa educación ciudadana. La historia nos muestra, y en el propio curso de nuestras vidas hemos tenido la misma experiencia, que mucho de lo que en un momento se creyó definitivo logro de la civilización política, se desbarata y se disuelve con rapidez increíble; que con aterradora facilidad los instintos crueles, la violencia rampante, rasgan el velo frágil de la pacífica convivencia; que la arbitrariedad tiránica tiende, una y otra vez, a suplantarse el común sometimiento al imperio igualitario de las leyes. Por eso es tan necesario velar siempre al pié de lo construído y, no solo impedir que se erosione y desaparezca, sino agregarle cada día algo más: el perfeccionamiento de una institución; lecciones de conducta que penetren hondamente en el alma popular; actos magistrales; el ejemplo del comportamiento propio; la cuidadosa vigilancia para que ni la acción ajena rompa los marcos constitucionales, ni la deshonestidad o la ambición corrompan el ánimo de quienes deben custodiarlos. Las Fuerzas Armadas son, dentro de esa concepción tan arraigada en el General Rebeiz Pizarro, colaboradoras irremplazables para el laborioso desarrollo de una civilización y una cultura políticas; alfareras que contribuyen a moldear el frágil vaso de la sociedad nueva; vigías; sostén; brazo armado de la legalidad que necesita dominar y vencer el juego anárquico de los intereses y pasiones.

Rebeiz entendió, como los mejores hombres de nuestra historia civil y militar, esa misión de las

Fuerzas Armadas, no inferior a la de los demás estamentos sociales, y, con frecuencia, más vital e indispensable que la de cualquiera otro. Entendió también que para cumplir era necesario mantener a las instituciones militares por encima de aquellas pasiones e intereses a los cuales precisa disciplinar, encerrar en los marcos del orden y la ley, con la autoridad y el prestigio que solo dan la propia pureza de conducta, la imparcialidad indiscutible, el haber creado la conciencia general de que sólo se ha tomado el partido que la Constitución y las Leyes señalan como deber ineludible, no subordinado al incierto vaivén de las individuales opiniones.

Ayudar a formar así la patria, a construir un futuro más ordenado, más sólido y, por consiguiente más potencialmente fecundo, fue lo que Rebeiz Pizarro pensó siempre que debía hacer como miembro de las instituciones armadas; y contribuyó poderosamente a que éstas procedieran así, cuando en el curso de su carrera llegó a las posiciones de comando. No tuvo dudas ni sobre la conducta que le correspondía seguir ni sobre la de las fuerzas confiadas a su leal rectoría. Tampoco le faltó el valor, ni la oportunidad en las decisiones. Ningún cálculo personal enturbió su criterio; no paseó sus miradas por un horizonte que fuera extraño al futuro de la República. Sobre todo eso tengo una convicción profunda y por tal razón puedo decir al país que el soldado cuyos restos mortales irán hoy, sobre la cureña de un cañón, hasta el panteón de nuestro ejército, acompañados por el cortejo entristecido de sus compañeros de armas y de los demás que con él trabajamos en el servicio de la patria, prestó una colaboración inestimable a la gran empresa de la civilización colombiana, a la estructuración del estado de derecho, todavía tan lleno de fallas pero que por fortuna no naufragó en el caos a cuyas orillas estuvimos por tanto tiempo. Como Presidente constitucional rindo homenaje a quien fue sostén de la Carta Fundamental y supo interpretar lealmente su espíritu; como ciudadano me inclino ante la memoria de quien encarnó el espíritu de un ejército re-

publicano; de un ejército orgulloso de su especial misión en el seno de la democracia que va creciendo y perfeccionándose trabajosamente; de unas fuerzas armadas que no son cauda de ningún hombre sino institución permanente, impersonal, que no siguen más bandera que la de Colombia y no juran ante ídolos fugaces sino ante Dios, la Constitución y la Patria.

Obrero de la República, artesano de la democracia, Rebeiz deja incorporada su vida a la obra secular que iniciaron las hazañas marciales y civiles de los próceres y que seguiremos adelantando, en estrecha conjunción de esfuerzos e ideales, todos los que hemos recibido el encargo de velar por la República, de defender su soberanía, su paz dentro de la ley y su progreso dentro de la justicia.

Siento que todos los Generales, Jefes y Oficiales, todos los soldados que me están escuchando, desean oír hablar ahora de Gabriel Rebeiz Pizarro como militar, como miembro de una profesión a la que amó entrañablemente. Y bien quisiera yo estar más familiarizado con todas las circunstancias de su vida para reconstruirla fielmente, para pintar al joven cadete; al teniente de caballería; al comandante de compañías o batallones en los más variados sitios del territorio nacional; al alumno en escuelas militares extranjeras y profesor en las propias; al representante militar de la nación ante gobiernos amigos; al coronel que supo guardar el orden, enérgico pero justo, al frente de su brigada; al estudioso del estado mayor; al Comandante General de las Fuerzas Armadas, tan consciente de su responsabilidad, y al Ministro de Defensa que en el seno de dos gobiernos diferentes se hizo acreedor a la confianza de los jefes de ellos y de sus colegas de Gabinete y representó en éste, con inteligencia, prudencia y dignidad a las Fuerzas Armadas de Colombia.

Compañero jovial, superior justo pero inflexible en materia de disciplina, tenía el don de saber ordenar y de inspirar confianza en sus decisiones. Era, por estos aspectos, el prototipo del soldado; con un concepto exigente del honor militar; franco, rudo

cuando era indispensable. Su misma figura física traducía esa condición marcial y ese don de saber tomar las actitudes que las circunstancias exigieran, con confianza en sí mismo y con una fé indeficiente en las fuerzas que comandaba y dirigía.

Pero no tenía solo las virtudes sencillas y simples que se suelen ligar a la calidad de un buen soldado. Apreciaba todo el conjunto de la organización militar colombiana con clara visión y, en el seno del gobierno, aportaba al estudio de otros problemas públicos un juicio siempre justo, moderado, fruto del análisis sereno y tranquilo de los hechos. Muchas veces me sorprendió la exactitud con que lo oí apreciar el alcance de ciertos acontecimientos y predecir sus desarrollos futuros. Y no pocas me admiró también su moderación en el estudio de cualquier medida que pudiera implicar intimidación o uso directo de la fuerza. Tenía un valor tranquilo puesto al servicio de una mente clara, aunque de manera fugaz aparecían en él brotes de un temperamento impaciente que su voluntad sabía superar con prontitud extraordinaria.

Si las Fuerzas Armadas pierden con Rebeiz un gran jefe, el Gobierno y el país todo pierden también un servidor utilísimo, eficaz aún en campos extraños a su especialidad, y su familia y sus amigos perdemos al hombre bueno, casi infantilmente ingenuo y espontáneo, que se escondía bajo su estampa vigorosa de guerrero. Ejemplar hombre de hogar, una inocultable ternura brotaba de sus ojos claros; sincero amigo, uno podía sentir que con el apretón de su mano fuerte le estaba dando toda la lealtad, toda la franca comunicación de un espíritu sin dobleces, de un carácter sin fallas.

Siento que al rendir un homenaje a la memoria de Gabriel Rebeiz Pizarro lo estoy rindiendo a todo lo mejor, a todo lo más valioso que tienen las Fuerzas Armadas de Colombia. El las encarnó bien a todo lo largo de su jornada sin descanso. Bajo los pliegues de nuestra bandera va a marchar ahora, hasta el sitio del reposo final, un buen personero, un gallardo adalid de esas fuerzas que son nuestro

propio pueblo en armas, elevado por la disciplina, enaltecido por la práctica austera de las viejas virtudes militares, adornado con el halo del patriotismo más puro, consciente de que al recibir las armas de la República recibió el más alto de los encargos, la misión de cumplir la más hermosa de las tareas.

A nombre de Colombia me inclino reverente ante los despojos mortales de quien la sirvió con tanta lealtad y nos ha dejado a todos, pero singularmente a sus compañeros de armas, el ejemplo de una vida que la honestidad, la rectitud y el valor, adornaron con perdurable brillo.